

# *La nueva masculinidad, el significado de ser hombre, padre, esposo e hijo en la posmodernidad*

**Dentro de los estudios de género, la urgencia de abordar temas feministas ha ocasionado que la teorización sobre el varón sea significativamente menor. Dentro de las investigaciones sobre el varón, podemos ubicar la propuesta de la Lic. en Psic. Ericka Ivonne Cervantes Pacheco, profesora de tiempo completo de nuestra Escuela y candidata a obtener el grado de Maestría en Psicoterapia Familiar, quien, en su proyecto de tesis aborda el tema de la “nueva masculinidad”. En este artículo nos comparte algunos elementos tomados a partir de su marco teórico.**

*En la última década los hombres se han enfrentado con la necesidad de ser expresivos, amantes y esposos emocionales; ser amigos cálidos y afectivos; ser padres devotos e involucrados. Atrapados en el centro de estos cambios, este “nuevo hombre” es a menudo un hombre muy confundido*

*Kimmel, 1992*

## **Ericka Ivonne Cervantes Pacheco**

La posmodernidad ha planteado el reto a las familias de asumir nuevos roles que respondan a las demandas sociales y económicas imperantes. Podemos constatar cómo el varón ha tenido diversos roles a través de los diferentes periodos históricos. Mientras que en la antigüedad ejercía un autoritarismo incuestionable con funciones ampliamente reconocidas, definidas y públicas; en la actualidad y a partir de los nuevos modos de producción, y de la incorporación de la mujer al ámbito laboral, el hombre ha incursionado como nunca antes en la esfera de lo privado: la cotidianidad, la crianza de los hijos, las tareas domésticas, etc.

El contexto histórico-social explica cómo la familia ha tenido que organizarse en función de los modos de producción de la sociedad y del ejercicio del poder político. Mientras que en la antigüedad el sistema económico-político era la monarquía absoluta y la figura del padre era la más destacada porque en él se concentraba el poder, la función de la madre era someterse y acatar. Así, la familia tenía como tarea primordial formar sujetos que acataran la autoridad tanto del jefe de familia como del Jefe de Estado. Por otro lado, y siguiendo una línea evolutiva, la modernidad comienza cuando según Foucault (1980) se preocupan por el cuidado de las poblaciones, y por el sistema económico imperante: el capitalismo (siglo XVIII), lo cual requería de la capacitación especializada para el trabajo, que el hombre saliera de sus talleres instalados en las mismas casas para trabajar en las fábricas. Es así como ingresa a la esfera pública, cediendo la concentración del poder a la figura de la madre, al menos en el hogar (que significa la esfera privada de los afectos y de relaciones íntimas). El padre trabaja fuera por largas jornadas, desconectándose de lo cotidiano, de la crianza de los hijos, entonces se torna un padre ausente. La familia moderna se organiza en torno a la madre, y su función es preparar a los hijos en cuanto a productores de riquezas.



En la actualidad, con el fenómeno de la globalización, se ha formalizado el ingreso de la mujer a la esfera pública y del hombre a la esfera privada (que significa participar de la crianza de los hijos, actividades domésticas, etc.), inclusive algunas veces se han invertido las funciones, la mujer se volvió proveedora y el hombre amo de la casa... La función de la familia posmoderna es entonces la construcción de la autonomía e independencia de cada sujeto. En mi opinión, los roles familiares también se han globalizado, todos pueden (o se han visto obligados a) llevar a cabo funciones femeninas y masculinas, a lo que Bem (1974, citada en Burin y Meler, 2000) llama androginia.

La nueva configuración familiar es producto de una transformación en la identidad de cada miembro; en particular, el hombre se enfrenta al reto de ejercer una paternidad comprometida, al aprendizaje de un rol paterno afectuoso y expresivo, a estar presente en la crianza y ser partícipe de las actividades cotidianas de sus hijos. Entonces, si el hombre ejerce una nueva paternidad, el rol de hijo también habrá adquirido otra dimensión, ya que la presencia del padre ofrece una estructura de fortaleza y oiga a los hijos.

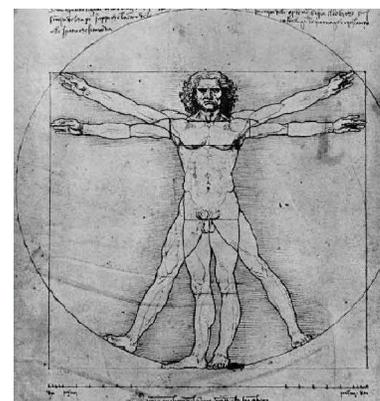
Tales transformaciones también han impactado su rol de pareja. Se puede observar una simetría en las interacciones que rompe con las estructuras machistas de poder y dominio sobre la mujer, quien en la posmodernidad ya no se define por ser madre y esposa, sino que además tiene un proyecto de vida personal, (Burin y Meler, 2000). En la búsqueda de su desarrollo personal y con su inserción en el mundo laboral produjo una "revolución silenciosa" en el hogar. Estas nuevas direcciones produjeron cambios inherentes en la distribución del poder conyugal y, sin desearlo ni prevenirlo, facilitaron el escenario para que el hombre se involucrara en la

crianza de los hijos, abrió el espacio privado de lo doméstico. Sin embargo, en su desempeño laboral la mujer ha optado por dos opciones: primera, se identifica con los estilos catalogados clásicamente como masculinos, ejerciendo la misoginería, el autoritarismo y el poder; o, por otro lado, ha optado por un estilo maternal y clásicamente femenino asumiendo el cuidado de los otros... Pareciera que aun nos falta encontrar vínculos más justos y equitativos para ambos géneros, ya que la equidad en algunos casos se tornó en desigualdad para el mismo hombre.

Así pues, el hombre se encuentra ante la disyuntiva de construir una nueva identidad masculina que le permita tener los andamiajes suficientes para responder a las demandas sociales, económicas y familiares o perecer ante la rigidez de una identidad que no favorece su propio desarrollo; la premisa de la teoría del constructivismo de que los seres humanos respondemos a las realidades que activamente construimos (Neimeyer, 1993 y Mahoney, 1991) me parece que explica puntualmente que la nueva identidad que se está gestando puede ser explicada a partir de diferentes posturas teóricas. La teoría de los constructos personales diría entonces que la identidad surge a partir de un proceso de construcción, que es producto de un aprendizaje que se adquiere en el contexto de una interacción social influida por el lenguaje, la cultura y el ambiente familiar. Ya en el campo de la terapia familiar propiamente dicha, Hoffman (1987) trasladó las secuencias de conductas a la investigación de los significados, es decir, a estudiar cómo construyen la conducta diferentes miembros de la familia, y en este conjunto de significados hoy se explican los problemas en términos de mitos familiares, premisas o sistemas de creencias familiares que son coherentes con las conductas sintomáticas. Es decir, que la dinámica y la estructura de las familias posmodernas son el resultado, en primer lugar, de un sistema de significados personales de lo que implica ser hombre y mujer, y en segundo lugar de las pautas de interacción entre los miembros, cuyas repeticiones consolidan los nuevos roles que se ejercen tanto al interior como al exterior de sus fronteras; y que además se reproducen en la educación ofrecida a los hijos.

¿Qué diríamos pues sobre el significado de ser hombre? Desde la teoría psicoanalítica, la visión sobre la construcción de la identidad y de los procesos de identificación parte desde dos paralelos: primeramente hablaría desde el sexo biológico Freud, (1917) decía que "infancia es destino" y en segundo lugar de un proceso largo y complicado donde el niño o la niña tienen que tomar como prototipo o ideal al padre de su mismo género para lograr la identidad. La identificación es un "término empleado en psicoanálisis para designar el proceso central mediante el cual el sujeto se construye y se transforma asimilando o apropiándose en momentos clave de su evolución de aspectos, atributos o rasgos de los seres humanos de su entorno" (Rudinesco, 1998).

Particularmente, el proceso de identificación en el niño tiene el reto de diferenciarse y contraponerse a todo lo que representa la feminidad y amenace su masculinidad. La paradoja reside en necesitar a la madre y temerla...



«Infinileo»

N.O.V.A



Retomando la premisa del sexo biológico, es entonces que a partir de nuestro cuerpo se representa al género al que pertenecemos, siendo el vehículo de expresión de lo que somos y de lo que se espera de nosotros, familiar y socialmente hablando. El hombre dentro de la cultura mexicana aprende constantemente a escindir su cuerpo, lo ha cosificado para dominarlo, controlarlo y hasta responsabilizarlo de algunos actos, sobre todo el sexual, niega el malestar del cuerpo: si acude a algún servicio de salud es para deshacerse de los síntomas, no para atenderse a sí mismo. La escisión mente-cuerpo favorece el no contacto con las propias emociones (Seidler, 1995) y por lo tanto la expresión de las mismas es pobre. La imagen corporal de fuerza, poder y no vulnerabilidad constituyen elementos de identidad ante el grupo de iguales, ya que para el hombre es importante ser reconocido por los otros precisamente como hombre, macho... invencible. Debido a que no atiende las necesidades físicas, ejerce la violencia física y actúa en situaciones de riesgo. El hombre en general tiene menor expectativa de vida que las mujeres (Pleck, 1981), además padece la "patología de omnipotencia": debes resolverlo todo por ti mismo", "no pierdas el control", etc. (Méndez, 1992). Por tanto, si el hombre atiende su malestar, entonces se identificará con aspectos femeninos que a su vez amenazan su masculinidad al mostrar un cuerpo "frágil" y vulnerable, quedando atrapado en el juego de negar su cuerpo y sus sensaciones pero alejándose así del fantasma de la homosexualidad masculina.



«El significado» N.O.V.A

En conclusión y ante el reto de conocer cuál será el significado de ser hombre en sus roles básicos como padre, esposo e hijo, se torna necesario investigar sobre la nueva masculinidad, ya que en términos generales, el tema de la masculinidad se relegó con respecto al de feminidad, históricamente parecía ser que había un mayor interés en rescatar la dignidad y el valor femeninos que por muchos años permanecieron en el anonimato, que justamente se incurrió en el mismo error con respecto a la masculinidad: se descuidó el llevar a cabo estudios paralelos que reportaran qué acontecía con el hombre mientras la mujer transformaba su identidad; y si abordamos el tema de lo masculino desde un enfoque sistémico, el movimiento en uno

de los sistemas forzosamente va a impactar a los otros.

De ahí, la necesidad de conocer el estado de la identidad masculina en la población de Morelia y otros municipios a través de la investigación que estoy llevando a cabo, para poder aportar nuevos elementos de la dinámica de las familias michoacanas que impacten y trasciendan la práctica clínica de la terapia familiar y el quehacer en otros ámbitos, tales como la psicología social, la antropología, el mismo campo de la investigación, las leyes que gobiernan, la educación y la política en el estado, en cuestión de género por supuesto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones, Género y Subjetividad Masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1980). *Historia de la Sexualidad*. México: FCE.
- Freud, S. (1917). *Obras completas*. México: Biblioteca Nueva.
- Hoffman, L. (1987). *Fundamentos de la terapia familiar*. México: FCE.
- Kimmel, M. (1992). *La reproducción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes, fin de siglo, género y cambio civilizatorio*. Chile: Isis Internacional-Ediciones de las Mujeres.
- Neimeyer, R. y Mahoney, M. (1998). *Constructivismo en psicoterapia*. Buenos Aires: Paidós.
- Pleck, J. (1981). *The myth of masculinity*. Cambridge: The MIT Press.
- Rudinesco, E. y Pon, M. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Argentina: Paidós.
- Seidler, V. (1995). *Los hombres heterosexuales y su vida emocional*. Revista Debate Feminista, 6.

